

buscando los fundamentos teóricos que apoyen sus conclusiones al respecto. Parte de la interrogante sobre si el segundo gobierno de la monarquía de Juan Carlos, encabezado por Adolfo Suárez, responde a las necesidades de un fuerte grupo de presión de ideología liberal, que justificarian las reformas democratizantes por él emprendidas, o si, por el contrario, su apariencia de liberal es sólo una cobertura que enmascara la necesidad de hacer un pequeño lavado de cara al régimen fascista implantado en este país de modo firme durante 40 años, con el objetivo de asegurar su continuidad. Para responder a esta pregunta, sin que sus conclusiones puedan parecer «un acto de propaganda fugaz y ocasional», Bosch considera imprescindible realizar una investigación social e histórico-económica sobre la relación entre liberalismo y reformismo, sobre la posible existencia de tipos de reformismo que no sean liberales, y las implicaciones de tal reformismo. Todo ello sirve, a su vez, de excusa para hacer una detallada historia del liberalismo en su evolución internacional, así como de las clases sociales que sustentan tal ideología, y de los fundamentos económicos del surgimiento y desarrollo de las posiciones reformistas liberales en la sociedad occidental. Para alcanzar este objetivo, el autor hace un repaso minucioso de la teoría marxista que toca el tema del comportamiento de la burguesía liberal y su ascenso como clase (Marx, Engels, Lenin), lo que resulta un aporte muy intere-

sante al conocimiento del tema. Casi podríamos decir que éste es, en realidad, uno de los mayores aportes del libro que nos ocupa: su sistematización de la teoría marxista respecto al tema del liberalismo internacional, y la continua aclaración de los conceptos utilizados, que le enriquecen con una faceta didáctica nada desdeñable. Por otra parte, el claro deseo de Bosch de no caer en el panfleto y de ofrecer una panorámica amplia de la evolución del liberalismo le han llevado a hacer una investigación histórica y económica de esta ideología y, naturalmente, su base de sustentación dentro del concierto de las clases sociales, que llena un vacío en la bibliografía de la teoría política existente hasta la fecha, y que constituye, sin lugar a dudas, su mayor mérito.

Dentro de la intención general amplia de analizar la situación española concreta del momento presente, el autor no sólo considera necesario darnos un panorama del liberalismo, sino también del fascismo, que repasa de modo general. Las referencias al caso español son, claro está, continuas, tanto cuando analiza una postura política como la otra. Definiendo al fascismo como «la dictadura de la burguesía financiera», y concluyendo, tras un repaso de la historia social y política de nuestro país, que en España la burguesía industrial (tradicionalmente portadora de la ideología liberal y opuesta a la burguesía financiera y terrateniente) jamás ha llegado a conquistar ni controlar el poder, lógicamente llega a la conclusión de que no nos encontramos en una etapa de transformaciones liberales, sino de reajuste del fascismo que pasa a una etapa semiautocrática por necesidades de hegemonía de la facción financieroterrateniente y monopolista de nuestra burguesía.

Aunque alguna de sus afirmaciones con respecto al caso español son un poco más precipitadas de lo que es característica general del libro, y nos puedan parecer demasiado duras, el resultado de la obra como conjunto es satisfactorio, ya que colma un espacio que era necesario rellenar en cuanto a análisis del liberalismo, y nos invita a reflexionar serena y científicamente sobre la evolución de la política española después de 1976. ■ **MARISA RODRIGUEZ MOJON.**

## LA «HISTORIA INFORMAL DE ESPAÑA» DE EDITORIAL ALTALENA

Es muy socorrida la expresión «las grandes líneas de la historia». Se supone que se refiere al discurso histórico, que tiene sus líneas grandes y pequeñas. Para los viejos cronistas y para la historia primitiva, las grandes líneas estaban fuertemente personalizadas: eran las dinastías, las testas coronadas que daban nombre a una era, las batallas y los generales victoriosos o derrotados. Lo demás del discurso eran líneas menores, **entrelíneas**, notas al pie, apéndices para que el lector lea o no lea. No la medalla, sino la calderilla. Pero historia tiene el hombre por definición. El hombre, ese animal histórico, con permiso de papá Aristóteles. Todos los hombres. Los que «han pasado a la historia» porque de sus nombres se han acordado los archiveros, los escultores, o los rap-sodas o... los historiadores, y también los que «no han pasado». O sí. Tan histórico es el conde de Orgaz, cuyo rostro reconocemos en la tela del Greco, como el anónimo pajecillo que sostiene la coia del hidalgo. Las grandes líneas, para la historia científica actual —o, mejor: para la arriesgada empresa contemporánea de hacer un discurso histórico conforme a las pautas del discurso científico— ya no son personales. Es posible que Voltaire encontrara por la calle a Luis XIV, pero ¿quién vio nunca una variable demográfica, una curva de precios, la lucha de clases o el complejo de Edipo? Fuera de los gabinetes del riguroso historiador, quiero decir. Enhorabuena por todo lo que sea trabajar por la científicidad del discurso histórico. Pero convengamos que, por principio, la ciencia que pretende dar cuenta de cierto nivel de la realidad —lo histórico, pongamos por caso— hace, necesariamente, un esfuerzo más o menos grande de abstracción y considera el objeto estudiado como extraño, como despegado de la razón histórica, como exterior. Los hechos de relevancia histórica y sus significaciones ocurren

fuera de la realidad empírica de la historia, en un espacio que constituye, precisamente, el discurso histórico.

Queda por ver si es posible otro nivel de narración de la historia. Primero: que tenga en cuenta todo el material desdeñado o marginado por la crónica primitiva. Que lea el discurso de la memoria histórica, pero no sobre las «grandes» líneas, sino sobre las pequeñas, sobre la «caja baja» de la tipografía histórica, entrelíneas, poniendo una lupa sobre el hecho menudo y trayéndolo a primer plano. Me permito una figura: en «Las Meninas», Velázquez ha pintado, precisamente, las entrelíneas de la corte austríaca. Los reyes son un reflejo sobre un espejo, al fondo de la composición. En primer plano está un enano jugando con un perro y la aborta y brutal Maribárbola. Lo que está diciendo el genial pintor es que la historia les pasa, les ocurre, les sucede, a la vez, a todos ellos.

Segundo: que no se proponga abstraer, sino concretar. No despegarse del objeto, sino confundirse con él. No narrar «desde fuera», sino «desde dentro del acontecimiento histórico». Desde luego, perdiendo toda la precisión que haga falta, pero ganando toda la vivacidad posible. No reconstruyendo el pasado, porque eso es imposible, ya que no podemos salir de la historia, y ésta es un presente continuo, sino imaginando el pasado como vivo desde el centro de nuestra inquietud presente, que está viva por definición. Reconstruir el pasado no es tarea de historiadores, sino de arqueólogos y, si se profundiza, de geólogos. Historiar es releer, **hoy**, lo que pasó ayer, no superponer el ayer sobre el hoy, en un ejercicio alucinatorio que nos lleva hacia los molinos de viento, nos hace creer que estamos frente a gigantes y nos da de cabezazos contra una mojiganga de gigantes... y cabezudos.

Este planteamiento de partida sirvió para planear la colección que, bajo la dirección de quien esto escribe, llega hoy a las manos del curioso en los primeros cinco títulos de los dieciocho que completarán la serie, entre el español de las cuevas de Altamira y el español que vivió la muerte de Francisco Franco: «El medievo cristiano» de Mario Merlino, «Revolución liberal y restauración borbónica» de Hilda Cabrera, «La España barroca» de Horacio Salas, «La España borbónica» de Héctor Tizón y

«La España isabelina» de Mónica Soto.

Contar la historia viva y pequeña, sin mayúsculas, la historia menuda (como diría un clásico del XVII), la historia de nadie, de todos y de cualquiera, la historia menor de los nombres mayores de la Historia. He allí la tarea. Vuelvo al caso. Pensemos en la batalla de Lepanto. Es factible historiarla largamente y analizar la importancia que tiene la victoria de las armas cristianas sobre las musulmanas en ese momento de la historia y en ese punto del mar. Pero, en concreto, el día de Lepanto, la batalla interesó a un puñado de hombres. El resto de los cristianos y los musulmanes cumplieron una jornada muy parecida a la anterior y a la posterior. El estruendo y el humo de la guerra cubrió un espacio muy reducido. A lo largo del mundo, los hombres marchaban a sus tareas, comían y bebían (no todos, claro), se enfermaban, padecían, se curaban, morían de manera más o menos patética, hacían el amor, se resguardaban del frío, construían su casa, cambiaban de lugar de habitación, temían, odiaban y amaban, creían en ciertas cosas, mantenían esperanzas, derogaban ilusiones. Junto a la marcha ruidosa de los corceles enjaezados para la guerra, muchos silenciosos arados roturaban la tierra. Y en todos ellos estaba depositada la calidad de la historia humana.

Esa es la historia que nuestra colección pretende narrar. Pero no para exaltar el hecho mínimo porque es mínimo, sino tratando de leer en él el sentido que lleva todo el tejido del histórico acontecer. Otro ejemplo. Sabemos que en el siglo XV la repostería y la dulcería tienen en España un gran desarrollo. Años después nos lo demostrará Ruperto de Nola en un texto clásico. Los nobles co-

LA HISTORIA INFORMAL  
**REVOLUCION  
LIBERAL Y  
RESTAURACION  
BORBONICA**  
Hilda Cabrera



men alguna fruta verde antes de los alimentos cocidos, dulces después de los platos de resistencia y aún se llevan bandejas con golleras a sus habitaciones privadas. Sus dientes mastican un exceso de hidratos de carbono, se carean, hieden, caen. En su auxilio, los ingenios de la corte preparan fórmulas de dentífricos y dientes postizos de almástiga y marfil. Lo sabemos por Enrique de Villena, ya en el siglo XIV. Esto narrado sin más, es mera curiosidad. Pero ¿por qué esta dieta, que aún va contra ciertos consejos bíblicos? Los moros han sido desplazados de casi toda la península. El azúcar viene de lejos y es cara. Sólo mucho después se plantarán cañas en Málaga. Comer dulce es prestigioso, por la escasez del producto. En la boca desdentada y, a menudo, sucia, de los hidalgos ricos, se sintetiza toda la guerra contra el infiel y lo primitivo de la agricultura intensiva en la España medieval. Los casos podrían multiplicarse hasta el infinito. No menos innumerables son las fuentes que tiene ante sí la historia informal. Ninguna es desdeñable. Al contrario, las que están un tanto al margen son preferibles. Las crónicas, en lo que tienen de narración del hecho presenciado. Los libros de viaje, aún con todos los prejuicios, el impresionismo y la ligereza que tienen los viajeros. Los epistolarios y memorias personales. Las correspondencias de los avisadores profesionales, auténticos padres del periodismo: Pedro Mártir de Anglería, Jerónimo Barrionuevo, José Pellicer. Las aleluyas y los pliegos de cordel. Los pasquines. Y qué decir del periodismo, desde el siglo XVIII en adelante. Pero, sobre todo, los márgenes del periodismo de «gran acontecer»: la columna de sucesos, las páginas de moda, los anuncios de publicidad, con los cuales es factible construir toda una microsociología. Y la literatura, lisa y llana.

Esta manera de narrar la historia, aunque no cuenta con una obra de conjunto, tiene antecedentes monográficos en la historiografía española. He allí el brillante estudio de Carmen Martín Gaité sobre el amor en el XVIII, los «Rincones de la historia», aspectos medievales estudiados por Gabriel Maura, los libros de Deleito y Piñuela sobre el tiempo de Felipe IV, el de Sánchez Albornoz sobre la ciudad de León en la Edad Media, ciertos momentos de los tomos sobre Carlos II del mismo Maura, los ensa-

yos de biología histórica de Gregorio Marañón sobre Enrique IV y de Gonzalo Moya sobre Pedro el Cruel, más todo el costumbrismo y la evocación que se quiera, con sus limitaciones pero también con sus aciertos de color y frescura. Y la novela histórica, centrada en la crónica colosal y la rebusca minuciosa de detalles en los «Episodios nacionales» galdosianos.

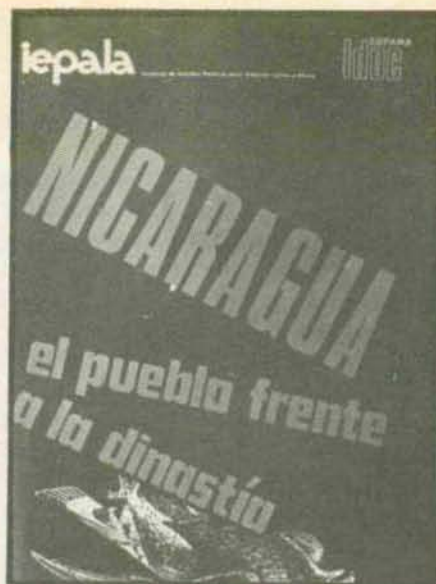
El director y muchos de los colaboradores de «La historia informal» somos hispanoamericanos. Esto merece dos palabras. En principio, por entender que la historia de España, sintetizada en el conquistador, hasta el momento de la conquista, pasa a ser un componente de nuestra propia historia. Luego, porque el espacio histórico es común durante los siglos del imperio español en América. Por fin, porque muchos componentes hispánicos siguen protagonizando la vida de las «repúblicas» durante gran parte del siglo XIX, aun después de la independencia. Y, si cabe, porque el modelo de fondo para construir la obra es iberoamericano, pues se trata de la trilogía sobre la historia brasileña («Casa grande y senzala», «Sobrados y mucambos», «Orden y progreso») del brasileño Gilberto Freyre. La historia de nuestra informal historia, en manos de los lectores, dirá el resto. ■ **BLASMATAMORO.**

## NICARAGUA

Los recientes acontecimientos de Nicaragua —las huelgas y manifestaciones, la intervención guerrillera, la represión gubernamental y el «restablecimiento de la situación», cuando ya algunos cantaban la caída del régimen somocista— han puesto de actualidad la realidad de este pequeño país centroamericano de ajetreada historia contemporánea. El IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África), que tiene en su haber estudios sobre el Sahara ex español, Brasil, El Salvador, la Iglesia latinoamericana, Sudáfrica, etc., acaba de publicar, oportunamente, un análisis exhaustivo sobre Nicaragua (1).

En la línea de sus anteriores «cuadernos», el equipo del IEPALA describe en primer lugar la base geográfica, la composición étnica y la estructura social de la población.

(1) **Nicaragua, el pueblo frente a la dinastía** (IEPALA, Madrid, 1978).



Pasa luego a la historia económica y a la situación actual de la economía: la agricultura oligoproductora (café, azúcar, algodón, banano), típicamente colonial; la industria, apenas esbozada; un comercio apenas desarrollado, todo ello en manos de Estados Unidos, y, naturalmente, de la familia Somoza.

Más «actual», a causa de los recientes acontecimientos, es el análisis de la situación política, la herencia colonial que condicionó la evolución posterior; el intento de Sandino, frustrado, en los años 30, con el consiguiente afianzamiento de la dinastía somocista; el surgimiento de una oposición organizada entre los años 40 y los 50, destacando el Frente Sandinista de Liberación Nacional, protagonista de los recientes intentos. Finalmente, el terremoto de 1972, momento en que culmina la corrupción del régimen, y en el que éste inicia su deterioro, que culmina a su vez en 1978, luego artificialmente detenido.

La última parte, la menos conocida del lector español, la forma el estudio de la penetración ideológico-cultural estadounidense a través de los medios de comunicación y de las instituciones educativas; el del papel de la Iglesia católica nicaragüense, que ha pasado de una actitud conservadora a una radicalización ideológica que, salvo excepciones revolucionarias, limita con el reformismo.

El punto final lo pone un capítulo sobre la violación de derechos humanos en Nicaragua. Hay que añadir algunos apéndices: «El poder económico de los Somoza»; «Principales inversiones extranjeras»; «Lo que fue Solentiname» (un intento frustrado de movilizar a una comunidad campesina); y una «Carta del padre Gaspar García Laviana». ■ **C. A. C.**

## APOGEO Y CRISIS DEL «MODELO» PERUANO

A partir de los supuestos teóricos e ideológicos que condicionan toda interpretación del acaecer histórico e, inexorablemente, con mayor fuerza aun aquellos acontecimientos que son contemporáneos del observador, José Deniz (1) examina —de manera casi descriptiva— los aspectos más significativos del periodo que comienza, en Perú, el 3 de octubre de 1968, cuando los militares ponen fin al gobierno constitucional de Fernando Belaúnde Terry. El general Velasco Alvarado, que asumía la presidencia de la república secundado por un equipo ministerial integrado por militares, anunciaba, casi inmediatamente, la implantación de un modelo «nacional, humanista, cristiano, socialista y antiimperialista». Se iniciaba, entonces, una experiencia que los sectores más progresistas de Iberoamérica examinarían, durante cierto tiempo, en actitud expectante.

La última etapa de la democracia representativa había entrado, en el país, en una fase de insostenible crisis política, económica y financiera. Perú no escapaba, en líneas generales, al esquema que se venía acentuando a escala continental y que presentaba frecuentes picos de conflictividad. Por consiguiente, el golpe militar protagonizado por un grupo de generales y coroneles en el país andino, poco agregaba de original a la historia conocida. Pero se convirtió inmediatamente en novedad cuando se advirtió que no se trataba de un cuartelazo «clásico» y que no respondía a consignas derechistas, aunque, nadie lo ponía en duda, la actitud de las fuerzas armadas no era unánime. Era asimismo claro que la dirección a recorrer por el proceso estaría alejada de cualquier ideología marxista. Respondiendo al amplio abanico formado por el pensamiento de los oficiales que se unían en esta etapa, las propuestas para una definición ideológica de la «via peruana» a transitar en el futuro se deslizaban desde la democracia parlamentaria hasta el

(1) **José Deniz, La revolución por la fuerza armada**, Ed. Sígueme, Salamanca, 1978.